

Mercancías culturales. Libros europeos en las bibliotecas nacionales de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica a fines del siglo XIX

Summary: *This article analyzes the development of printed culture in Central America during the nineteenth century. Within this context, it is explored the foundation of national libraries in El Salvador, Nicaragua and Costa Rica, and the variety of books that these institutions have kept.*

Resumen: *En este artículo, se analiza el desarrollo de la cultura impresa en Centroamérica durante el siglo XIX. En este contexto, se explora la fundación de las bibliotecas nacionales en El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, y se examina el tipo de libros que tales instituciones poseían.*

El viajero alemán Julius Froebel, quien visitó Nicaragua entre 1850 y 1851, fue agradablemente impresionado por un médico de Granada, el cual

“...siendo inclinado a la metafísica se sentía enormemente atraído por la filosofía alemana, en la cual se había iniciado leyendo libros franceses llegados de algún modo a Nicaragua. «Los alemanes», apuntó, «tienen un gran filósofo llamado Schlegel autor de un libro titulado *Filosofía de la Vida*. Y tienen otro gran filósofo de apellido Hegel, pero a éste es muy difícil entenderlo»...los más abstractos metafísicos de Alemania no debieran olvidar, y en especial si tienen la desgracia de ser traducidos al francés, que pueden causar perjuicios en Nicaragua.”¹

La sorpresa de Froebel fue parecida a la de otros científicos y aventureros europeos y esta-

dounidenses: al viajar por Centroamérica después de 1821, vivieron el proceso de difusión de los libros profanos. El acceso a obras de este tipo fue muy limitado durante la época colonial, una condición que obedeció más a la pequeñez del mercado que al control de las autoridades. Los títulos prohibidos, casi siempre vinculados con la Ilustración, circularon muy poco: en el ocaso del siglo XVIII, el tráfico se concentró en Guatemala y se basó en tan escasos ejemplares que no era excepcional la copia manuscrita.²

El contexto descrito varió después de la independencia: a partir de 1821, con la venida de extranjeros, el crecimiento urbano y los avances -social y étnicamente limitados- en la alfabetización, se ampliaron y diversificaron las audiencias de lectores. La oferta de libros, otrora servida por los comerciantes, se especializó al abrir sus puertas las primeras librerías, en Granada (1840) y en San José (1856).³ El texto devoto (novenas, breviarios y catecismos) cedió espacio en esos locales a las obras científicas, a los tratados filosóficos y económicos y a las novelas de Walter Scott y Eugenio Sue.⁴

El período posterior a 1821 fue escenario de otro cambio vital: la difusión de la imprenta; en efecto, durante la época colonial, únicamente Guatemala dispuso de esa tecnología, que se trajo de México en 1660, empezó a operar bajo la dirección de José de Pineda Ibarra y se consagró al tiraje de textos escolásticos y devotos.⁵ La experiencia de los países vecinos fue en extremo tardía: el aparato se introdujo en El Salvador en

1824, en Honduras en 1829 y un año después en Nicaragua y Costa Rica.⁶ La base para editar libros, folletos, periódicos, volantes y otros impresos se explotó sin tardanza.

La producción de libros y folletos creció sostenidamente durante el siglo XIX, en especial después de 1880: entre ese año y 1899, se imprimieron en El Salvador 566 títulos, en Nicaragua 388 y en Costa Rica 472. El 59 por ciento de este corpus se tiró en las tipografías estatales, un porcentaje similar tenía una extensión inferior a 50 páginas y el peso de los textos oficiales era bastante significativo: un 31 por ciento para los casos salvadoreño y costarricense. El examen del lugar de edición evidencia el predominio aplastante de las capitales: en su conjunto, esa proporción ascendió en los tres países a un 87,5 por ciento.⁷

La temática de lo impreso a su vez era limitada: en El Salvador y Costa Rica, el 53,3 por ciento del total de títulos (1.038) correspondía a obras que versaban sobre asuntos políticos, económicos, legales y educativos. El porcentaje alcanzado por textos de otros tipo era muy bajo: 6,6 por ciento en Historia y Geografía, 6,2 por ciento en Medicina, 5,7 por ciento en Literatura, 4,9 por ciento en Ciencias y un escaso 3,7 por ciento en Religión.⁸ La modestia de este último dato visibiliza el vínculo entre la secularización social y la actividad tipográfica, un campo en el cual el Estado liberal pesó decisivamente.

El tardío despliegue historiográfico y literario fue condicionado, en los tres casos, por la invención de la nación. Este proceso, iniciado después de 1870, fue lento y escabroso, y supuso, aparte de la fundación de instituciones (museos, teatros, colegios, bibliotecas), la emisión de monedas, el ascenso de un panteón de héroes, la construcción de estatuas y la práctica de un conjunto variado de tradiciones nuevas, especialmente de la fiesta cívica.⁹ La configuración de una cultura nacional en los distintos países del istmo cristalizó con desigual éxito, según el trasfondo social y étnico de cada experiencia.

El ascenso del capitalismo agrario en El Salvador y Nicaragua destacó por una violencia constante en el campo, asociada con el peso de la población indígena y el conflicto por la tierra comunal.¹⁰ La difusión del nacionalismo, en un contexto

de expropiación fundiaria y coacciones extraeconómicas, se concentró en el entramado urbano y, entre los sectores populares, se limitó a los artesanos y obreros.¹¹ La capitalización del agro en Costa Rica fue diferente: un campesinado mercantil, con un acceso desigual a la propiedad territorial, presionó eficazmente para asegurarse un espacio vital en el universo cafetalero.¹²

El nacionalismo de los liberales, en el caso costarricense, superó los umbrales urbanos y se divulgó ampliamente entre la población rural, un proceso facilitado por la concentración de los asentamientos en el Valle Central.¹³ La exitosa difusión de esa ideología se vinculó con la expansión de la educación, que se acentuó en la década de 1880. El 8 por ciento de la población de Costa Rica asistía a la escuela a fines del siglo XIX, una proporción similar a la de Uruguay, superior a la de Chile e inferior a la de Argentina; en contraste, para Nicaragua y El Salvador esa cifra ascendía únicamente a un 3 por ciento.¹⁴

La invención de la nación, sin embargo, se caracterizó en los tres países por su vinculación con la ideología del progreso, cuyo símbolo básico era el ferrocarril. El ejemplo a imitar para las burguesías agroexportadoras del istmo era Europa y, especialmente, Francia. La fuerza de tal identificación fue estimulada por la venida de inmigrantes del Viejo Mundo y su inserción en las familias principales de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. La diversificación en los patrones de consumo, visible desde 1850, asoció la distinción y el confort con los "quesos de Holanda y los jamones de Westfalia".¹⁵

El afán por emular a Europa se perfila en la cultura impresa del ocaso del siglo XIX. La producción tipográfica propia se veía con indiferencia o desdén, una actitud fomentada por las preferencias de los lectores: entre los sectores populares, los textos típicos eran novenas, catecismos y breviarios, los almanaques, las cartillas de todo tipo y las novelas de aventuras y del corazón. Las bibliotecas de burgueses e intelectuales, sin duda más amplias, diversas y actualizadas, exhibían el peso de la bibliografía europea, ya se tratara de obras clásicas o de las últimas novedades, en su idioma original o vertidas al español.¹⁶

La descripción de las librerías josefinas de comienzos del siglo XX que efectuó el escritor salvadoreño, Alberto Masferrer, es elocuente; después de una estadía en Costa Rica, acotó:

"...no hay libro bueno que no se encuentre, ni lujosa edición que falte para recreo de la vista y el espíritu. Todo Hugo, Rabelais, Taine, Macaulay, de Lisle, Carlyle, Goethe y Heine; los griegos en ediciones económicas francesas; el arsenal completo de Schopenhauer, los clásicos ingleses, la biblioteca entera de Rivadeneira. La masa, claro está, se deleita con el admirable Ponson du Terrail y con el exquisito Montepin; mas los escogidos leen de veras, y a la mano tienen las grandes producciones del ingenio humano."¹⁷

El espacio que les quedó a los tempranos escritores nacionales fue ínfimo: sin fondos y faltos de estímulo, entre el escepticismo y el desprecio, fueron a veces el eje de vivos debates, por ejemplo el que provocó la exposición internacional que se celebraría en Santiago en septiembre de 1875. La Junta de Granada, al preparar el catálogo de lo que se enviaría a Chile, advirtió que el país carecía de obras literarias dignas de ser exhibidas, ya que "...las reducidas... que hoy van formando nuestra Biblioteca Nacional están incompletas para ostentarlas en un país progresista por excelencia..."¹⁸ El 7 de agosto de 1875, en la *Gaceta de Nicaragua*, la severa decisión de la Junta fue cuestionada fuertemente:

"si tenemos obras literarias aunque pocas é incompletas, como dice la Junta, debieron enviarse para dar una idea de lo que somos... Ni se diga tampoco que carecemos de obras ó que las que hai son incompletas. Las obras de Rosales hacen honor á Centro América. Los opúsculos que sobre varias materias i en distintas ocasiones publicaron Zavala, Benavente, Buitrago, Zepeda, Juarez, Guerrero, Cortés, Selva, Ayón, Estrada i otros tantos hombres eminentes... no son... [indignos] de figurar en una Biblioteca..."¹⁹

La actitud de la Junta no era excepcional. El escritor costarricense, Ricardo Fernández Guardia (1867-1950), fue quizá un caso extremo: tras cursar la escuela en París, volvió a San José en 1878; en junio de 1894, después de otras estadías en Europa,²⁰ afirmaba:

"...se dice el arte griego, el arte romano, la literatura francesa, las letras españolas. ¿Y cuándo... podría decir-

se el arte o la literatura costarricense? Yo, Dios me lo perdone, me imagino que nunca... nuestro pueblo es sandio, sin gracia alguna, desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento siquiera a una pobre sensación artística..."²¹

El desprecio por lo propio, que se transparenta en el exabrupto de Fernández Guardia, lo era a la vez por la cultura popular, siempre lista a desafiar el esfuerzo civilizador del Estado liberal, que se aventuró a corregir el lenguaje diario de los hijos de campesinos, artesanos y obreros. El profesor Alberto Brenes, al prologar sus *Ejercicios gramaticales*, un texto escolar editado en el San José de 1887 por la tipografía estatal, advertía con verdadero orgullo:

"...hemos tratado... la corrección de los provincialismos que a nuestro juicio contribuyen a viciar en nuestro país la lengua castellana... Nosotros los americanos, alejados del centro donde se habla con más pureza nuestro idioma, debemos poner particular empeño en su cultivo, para que no se degeneren y se convierta en una jeringoza informe y falta de unidad."²²

La experiencia costarricense fue similar a la de El Salvador y la de Nicaragua: en los tres países, la tipografía estatal, comprometida con el afán europeizador de los liberales, se concentró en el tiraje de textos oficiales y de obras útiles. El quehacer literario, de escaso interés para la cultura oficial, obligó a los escritores de poesía y ficción a agenciarse los más variados tipos de financiamiento para editar sus libros en las imprentas privadas, una opción cuya cristalización era difícil. El poeta Rubén Darío, al evaluar en 1908 el caso nicaragüense, admitía con franqueza y amargura que, pese a la

"...abundancia de materia prima... el ambiente es hostil, las condiciones de existencia no son propicias, y la mejor planta mental que comienza en un triunfo de brotes se seca al poco tiempo. La impresión de libros... casi es nula. La producción de literatos y de poetas ha tenido que desaparecer entre las colecciones de diarios y de una que otra revista de precaria vida... Nada queda de los pasados cultores de las letras..."²³

El desprecio por el escritor nacional se asoció con la queja por el crecimiento de las ocupaciones parasitarias: abogados y empleados públicos. El costarricense Carlos Gagini, ya en 1894, culpaba a

la educación secundaria de fomentar esas profesiones y de quitar "...brazos a la agricultura, porque los jóvenes del campo trasladados a las ciudades se avergüenzan de volver a las faenas agrícolas... y hasta de sus rústicos padres."²⁴ La opinión que unos años después oyó Alberto Masferrer fue parecida; un abogado de San José le dijo:

"Costa Rica no necesita literatos sino agricultores. Brazos para laborar nuestras tierras, y no artistas."²⁵

El desafío de los escritores de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, en las últimas décadas del siglo XIX, fue construir una identidad colectiva propia y viable, que los diferenciara de los europeos y, a las vez, les permitiera ser aceptados en sus países de origen; legitimar sus específicas opciones estéticas e ideológicas, un fin cuyo carácter vital se evidenció con el ascenso del Modernismo;²⁶ y diversificar y ampliar el mercado cultural para garantizar la impresión, circulación y consumo de sus productos.²⁷ La ejecución de tal empresa urgía en el contexto cosmopolita de la época, el cual pesó en las bibliotecas nacionales abiertas en San Salvador, Managua y San José.

La Biblioteca Nacional de El Salvador se fundó el 5 de julio de 1870. El poeta nicaragüense, Juan Felipe Toruño, afirma que para montarla, el Estado compró la colección particular del cardenal Mambruschini, ex-bibliotecario del Vaticano, compuesta por unos seis mil volúmenes.²⁸ La de Nicaragua se abrió doce años más tarde, el 1 de junio de 1882, con un *corpus* de inferior tamaño al salvadoreño, y con un gasto total -inclusive el mobiliario- de 15.000 pesos.²⁹ La institución, un bienio después, procuraba ya ampliar sus fondos documentales; en octubre de 1884, en la *Gaceta Oficial* se avisaba:

"en la Biblioteca Nacional se compran colecciones de periódicos del país de años anteriores al de 1867."³⁰

El caso costarricense fue más tardío y diferente: en 1888, el Estado cerró la Universidad de Santo Tomás, fundada en 1843, y dispuso que la colección del ya extinto claustro, compuesta por casi 3.500 volúmenes, se convirtiera en la base de la Biblioteca Nacional.³¹ La primera sede de tal institución fue poco impresionante y solemne: el

segundo piso de una casa ubicada enfrente del mercado; en 1889, se trasladó a otra vivienda, adquirida en 70.000 colones, cuyo acondicionamiento -en la primera década del siglo XX- costó 98.435 colones. El *Correo de España*, en abril de 1909, aseguraba:

"el edificio es una elegante construcción de aspecto severo y adecuado al fin á que se destina. Su fachada principal, con el busto de Minerva y relieves simbólicos de las ciencias y artes, dibujos del maestro [español, Tomás] Povedano, demuestran claramente al exterior ser un lugar reservado al estudio de aquellas."³²

La procedencia de los libros en las bibliotecas de los tres países se identifica en el Cuadro 1. El grueso provenía de Europa: en su conjunto, el 89,5 por ciento de los títulos y el 90,9 por ciento de los volúmenes. Los principales abastecedores, en el caso de El Salvador, fueron Francia (1.111 títulos), Italia (656 títulos) y España (280 títulos). La falta de datos para Nicaragua y Costa Rica impide precisar el cálculo, pero es verosímil que la mayoría de las obras tuviera un pie de imprenta español o francés, una tendencia favorecida por la inmigración de impresores y libreros catalanes a San José.³³

La influencia de la cultura impresa de otros países de América Latina era muy escasa: destacaban los impresos en México y Chile, esencialmente obras de carácter jurídico, que inspiraron el esfuerzo codificador de los Estados liberales del istmo en el último tercio del siglo XIX. Lo editado en Estados Unidos tampoco tenía un peso significativo: usualmente, se trataba de informes oficiales, de datos estadísticos o de estudios científicos. El texto centroamericano era todavía menos frecuente: el Cuadro 2 traza una ínfima presencia de los libros y folletos publicados en el área, en cuenta de la producción propia.

La limitada circulación ístmica de las obras centroamericanas tenía dos fuentes básicas: el cosmopolitismo de las burguesías y de los intelectuales, europeizados y nacionalistas a la vez; y el pobre atractivo mercantil de lo que se editaba en el área, por lo cual existía poco interés de las librerías locales en traer esos textos y ofrecerlos en venta. La excepción sin duda fue la poesía dariana. El periódico *El Heraldo* publicó, en octubre de

Cuadro 1

Composición de las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887),
Nicaragua (1882) y Costa Rica (1888) según el origen de los libros

Lugar	El Salvador		Nicaragua		Costa Rica	
	Títulos	Volúmenes	Títulos	Volúmenes	Títulos	Volúmenes
Europa	2313	6240	1903	4139	1473	3216
América Latina	141	255	99	209	25	81
Estados Unidos	117	159	74	287	30	76
Centroamérica	56	80	23	43	51	111
Desconocido	53	67				
Total	2680	6801	2099	4678	1579	3484

Fuente: Palacios, Rafael, *Catálogo alfabético y por materias de todos los libros que contiene la Biblioteca Nacional* (San Salvador, Imprenta de "El Cometa", 1887). Biblioteca Nacional, *Catálogo General* (Managua, Tipografía de Managua, 1882). Archivo Nacional de Costa Rica. Educación. Exp. 95 (1888), ff. 1-40.

1891, un aviso que aprovechaba la estadía del célebre poeta en San José:

"Azul... El libro de moda. Se vende en la librería de Montero. Hay pocos ejemplares."³⁴

El escritor centroamericano, sin embargo, rara vez veía sus libros catalogados en la categoría "de moda": aunque en periódicos y revistas se solía informar sobre el tiraje de tal o cual título, la estrategia publicitaria de las librerías enfatizaba en la promoción de las obras europeas. La orientación de las bibliotecas no era muy diferente: en sus estantes, la cultura universal, identificada con la del Viejo Mundo, aventajaba ampliamente a la

nacional. El grueso de los textos impresos en el istmo, a partir de 1821, brillaba por su ausencia en colecciones de volúmenes escritos en francés, inglés, latín, alemán e italiano.

El porcentaje de libros en español era, según el Cuadro 3, muy bajo en El Salvador y más elevado en los casos de Nicaragua y Costa Rica. El principal idioma extranjero era el francés; pero en la biblioteca de San Salvador, destacaban el latín y el italiano; y en la de San José, sobresalía el alemán, un énfasis que obedecía a varias donaciones de obras efectuadas por inmigrantes de ese origen. El trasfondo cardenalicio de la colección salvadoreña explica que dispusiera de textos escritos en una

Cuadro 2

Obras impresas en Centroamérica en las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887),
Nicaragua (1882) y Costa Rica (1888)*

Biblioteca Nacional	Obras impresas en			
	Guatemala	El Salvador	Honduras	Costa Rica
El Salvador	17 (27)	35 (49)	2 (2)	2 (2)
Nicaragua	3 (3)	3 (3)	5 (5)	12 (32)
Costa Rica	12 (19)	3 (3)		1 (1)
				35 (88)

* Entre paréntesis, el número de volúmenes.

Fuente: La misma del Cuadro 1.

lengua muerta y, a la vez, que contara con verdaderas joyas bibliográficas de los siglos XV, XVI y XVII.

Cuadro 3

Porcentaje de títulos y volúmenes en español en las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887), Nicaragua (1882) y Costa Rica (1888)

Biblioteca	Títulos	Porcentaje en español	Volúmenes	Porcentaje en español
El Salvador	2680	23,2	6801	20,3
Nicaragua	2099	49,2	4678	44,1
Costa Rica	1579	51,7	3484	45,4

Fuente: La misma del Cuadro 1.

El título más antiguo que poseía la biblioteca nicaragüense era *Década de las Indias*, de Antonio de Herrera y Tordesillas, impreso en 1726. La de Costa Rica, en 1909 y de acuerdo con el *Co-reo de España*, tenía

“...ejemplares notables de gran valor bibliográfico y que se remontan á los primeros tiempos de la imprenta, como por ejemplo, la Gramática latina de Nebrija (1500), la Biblia de Ferrara (1602) y otras muchas ediciones de autores griegos y latinos de los siglos XVII y XVIII.”³⁵

El caso de El Salvador, sin embargo, no es fácilmente comparable. El Cuadro 4 descubre un contraste claro: a diferencia de la biblioteca de Nicaragua, en la cual prevalecía lo editado de 1850 en adelante, en la salvadoreña la ventaja correspondía a lo impreso de 1849 para atrás. El catálogo de 1888, falto de las fechas de edición, impide clasificar la colección de Costa Rica, pero es factible que su cronología se pareciera a la nicaragüense. La Universidad de Santo Tomás efectuó, entre 1844 y 1886, diversas compras de libros en Europa, orientadas por un definido criterio de adquirir lo más actualizado.³⁶

La capital de un pequeño -y socialmente opresivo- país centroamericano podía ufanarse, en 1887, de disponer de 287 títulos en 357 volúmenes editados entre el último tercio del siglo XV y

Cuadro 4

Fecha de impresión de los libros de las bibliotecas nacionales de El Salvador (1887) y Nicaragua (1882)

Período	El Salvador		Nicaragua	
	Títulos	Volúmenes	Títulos	Volúmenes
1450-1499	2	2		
1500-1549	11	11		
1550-1599	81	110		
1600-1649	83	91		
1650-1699	110	143		
1700-1749	128	471		
1750-1799	334	1223	14	51
1800-1849	759	2501	156	596
1850 y +	1066	2115	1834	3537
No aparece	106	134	95	494
Total	2680	6801	2099	4678

Fuente: La misma del Cuadro 1.

1699. La dos obras más antiguas de esa colección eran venecianas; de carácter teológico, fueron publicadas una en 1477 y la otra en 1491: *Opus restitutionum usurarum et excommunicationum*, de Platea, y de Heremita J. Cassianus, *Vigintiquator collationes sanctorum patrum conscripte*. El Salvador del café poseía dos de los primeros libros impresos en Venecia, una urbe a la que se extendió el invento de Gutenberg en 1469.³⁷

La invención de la nación, en los distintos países centroamericanos, fue un proceso caracterizado por una decisiva extroversión cultural. La identidad nacional se construyó a la luz de los modelos europeos. La composición de las bibliotecas de Nicaragua, El Salvador y Costa Rica, a fines del siglo XIX, no fue la excepción. El libro extranjero, escrito en un idioma distinto del español, prevalecía en sus estantes cosmopolitas. La consulta de obras, sin embargo, no fue disuadida por tal énfasis. La colección nicaragüense fue visitada, entre junio y noviembre de 1889, por unas 12 personas por día.³⁸ El promedio diario para la de Costa Rica fue de 30 lectores en julio de 1904.³⁹

La asistencia era típicamente estudiantil. Los niños y jóvenes descubrieron que las bibliotecas, aparte de ofrecerles qué leer, constituían un divertido e inusual espacio de sociabilidad, cuyo acento en el silencio y el orden invitaba precisamente a la

transgresión. Esta dinámica enfadó a un adulto que publicó, en julio de 1903, una queja en *La Prensa Libre*:

"muy conveniente sería que a la Biblioteca [Nacional de Costa Rica] no se dejara entrar niños de escuela primaria. Probar se puede que nada instructivo van á leer, pues sólo piden novelas y revistas ilustradas. Además con sus puerilidades impiden la lectura y el estudio á las personas serias."⁴⁰

El conflicto entre los lectores serios y los que no lo eran tanto no fue el único que se dirimió en torno a las bibliotecas. El primer tercio del siglo XX fue un contexto favorable para valorar, con más justicia, la producción tipográfica propia, un proceso que amplió la presencia de las obras nacionales en estanterías que otrora les fueron adversas. La apertura de espacios para los escritores del istmo fue difícil: empezó a cristalizar después de 1900, cuando jóvenes poetas y prosistas, armados con un discurso radical, comenzaron a cotizarse entre los trabajadores urbanos de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.⁴¹

El anti-imperialismo y la cuestión social fueron temas cuyo tratamiento por los escritores nacionales se profundizó al avanzar el siglo XX, en un contexto de creciente agitación popular. El porvenir imaginado por los cosmopolitas pocos años atrás era muy distinto. Manuel Delgado, Ministro de Relaciones Exteriores de El Salvador, expresó en octubre de 1888, al incorporarse a la Academia de Ciencias y Bellas Letras, que formulaba:

"...votos porque nuestros jóvenes escritores, en cuyas manos está la gloria literaria de nuestra querida patria, se inspiren siempre en los bellísimos modelos que les ofrece la literatura idealista de todos los países y de todos los tiempos."⁴²

La esperanza de Delgado, basada en la ideología del progreso, se desvaneció en el tránsito del siglo XIX al XX, al configurarse literaturas nacionales definidas y contestarias en El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. La ironía de este proceso fue que ocurrió en una época caracterizada por otro cambio básico: el desplazamiento de la palabra por la imagen. La cultura impresa, en busca de lectores, debió competir, cada vez más con el cine, a la caza de espectadores. El espacio ocupado por

el libro -europeo o nacional- comenzó a ser disputado, con creciente éxito, por las películas de Estados Unidos.⁴³

Notas

1. Froebel, Julius, *Siete años de viaje* (Managua, Banco de América, 1978), p. 24. Los entrecomillados y las itálicas son del original. La primera versión de este artículo se presentó en el coloquio "Regiones europeas y Latinoamérica. Siglos XVIII al XIX", celebrado en Colonia los días 16 y 17 de diciembre de 1995.

2. García Laguardia, Jorge Mario, *Precursores ideológicos de la independencia en Centroamérica. Los libros prohibidos* (Guatemala, Universidad de San Carlos, 1969).

3. Bolaños, Pío, *Obras de don Pío Bolaños* (Managua, Banco de América, 1976), p. 276. Molina Jiménez, Iván, *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica y Editorial Universidad Nacional, 1995), pp. 103-104.

4. Andrés Horjales, en la Guatemala de la década de 1840, publicaba ya un catálogo de lo que tenía en venta en su librería Valenzuela, Gilberto, *Bibliografía guatemalteca*, t. V (Guatemala, Tipografía Nacional, 1963), p. 79.

5. Oss, Adriaan C. van, "Printed culture in Central America, 1660-1821". *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*. 21 (1984), pp. 77-107.

6. Meléndez, Carlos, "Los veinte primeros años de la imprenta en Costa Rica 1830-1849". *Revista del Archivo Nacional*. San José. LIV: 1-12 (enero a diciembre de 1990), pp. 41-84.

7. García Villas, Mariano, *Lista preliminar de la bibliografía salvadoreña* (San Salvador, mimeografiado, 1952). Dobles Segreda, Luis, *Índice bibliográfico de Costa Rica*, tomos I-IX (San José, Librería e imprenta Lehmann, 1927-1936); tomos X-XII (San José, Asociación Costarricense de Bibliotecarios, 1968). Latin American Bibliographic Foundation y Ministerio de Cultura de Nicaragua, *Bibliografía Nacional Nicaragüense*, 1800-1978 (California, Latin American Bibliographic Foundation y Ministerio de Cultura de Nicaragua, 1986).

8. García Villas, *Lista preliminar*. Dobles Segreda, Índice.

9. Palmer, Steven, "A liberal discipline: Inventing the nation in Costa Rica and Guatemala, 1870-1900" (Ph. D. diss., Columbia University, 1990). Herrera, Miguel Angel, "Nacionalismo e historiografía sobre la guerra del 56. Nicaragua, 1850-1889". *Revista de Historia*. Managua, No. 2 (1992-1993), pp. 27-39. Acuña, Víctor Hugo, "Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870-1930)". Molina, Iván y Palmer, Steven, *El paso del cometa. Estado, política social y culturas popula-*

res en Costa Rica (1800-1950) (San José, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1994), pp. 145-165. Kinloch, Frances, "El canal interoceánico en el imaginario nacional. Nicaragua, siglo XIX". Instituto de Historia de Nicaragua, *Taller de Historia. Nación y etnia*. Managua, No. 6 (julio de 1994), pp. 39-55. Fumero, Patricia, "De la iniciativa individual a la cultura oficial: el caso del General José Dolores Estrada en la Nicaragua de la década de 1870". Molina, Iván y Fumero, Patricia, *Cultura y sociedad en Costa Rica y Nicaragua (1821-1914)* (en prensa).

10. Alvarenga, Patricia, "Reshaping the ethics of power. A history of violence in western rural El Salvador. 1880-1932" (Ph. D. diss., University of Wisconsin, 1994). Pérez, Héctor, "Indians, communist and peasants: The 1932 rebellion in El Salvador". Rosberry, William, Gudmundson, Lowell y Samper, Mario, *Coffee, society and power in Latin America* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1995), pp. 232-261. Gould, Jeffrey, "«¡Vana ilusión!» The highlands indians and the myth of Nicaragua mestiza, 1880-1925". *Hispanic American Historical Review*. 73: 3 (August, 1993), pp. 405-406.

11. Acuña, "Nación y clase obrera", pp. 145-165.

12. Molina, Iván, *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1991).

13. El Valle Central se extiende de Turrialba en el este a San Ramón en el oeste y consta de unos 100 kilómetros de largo por unos 20 kilómetros de ancho.

14. Newland, Carlos, La educación elemental en Hispanoamérica: desde la independencia hasta la centralización de los sistemas educativos nacionales". *Hispanic American Historical Review*. 71: 2 (May, 1991), p. 359. Burns, E. Bradford, "The intellectual infrastructure of modernization in El Salvador, 1870-1900". *The Americas*. XLI: 3 (January, 1985), p. 65.

15. Molina, Iván y Palmer, Steven, *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)* (San José, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1992).

16. Molina, *El que quiera divertirse*, pp. 131-211.

17. Masferrer, Alberto, *Hombres, ciudades, paisajes*, t. II (San Salvador, Universidad Autónoma de El Salvador, 1949), p. 298.

18. *Gaceta de Nicaragua*, 7 de agosto de 1875, p. 327.

19. *Gaceta de Nicaragua*, 7 de agosto de 1875, p. 327.

20. Sotela, Rogelio, *Valores literarios de Costa Rica* (San José, Imprenta Alsina, 1920), p. 38.

21. Quesada Soto, Alvaro, *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico social* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1986), p. 98.

22. Dobles Segreda, *Índice*, t. II, p. 25. Los escritores costarricenses de fines del siglo XIX discutieron

acaloradamente sobre la conveniencia de emplear el lenguaje popular en sus obras. Quesada, *La formación*, pp. 97-129. Rojas, Margarita, et al., *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1994), pp. 71-74; ídem, *El último baluarte del imperio* (San José, Editorial Costa Rica, 1995), pp. 32-38.

23. Darío, Rubén, *El viaje a Nicaragua e intermezzo tropical* (Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1987), pp. 147-148.

24. Gagini, Carlos, *Al través de mi vida* (San José, Editorial Costa Rica, 1961), p. 120.

25. Masferrer, *Hombres*, p. 295. Masferrer propuso en 1922 fundar una biblioteca municipal en cada población de El Salvador. El artículo termina con una lista selecta de 100 títulos, de los cuales únicamente 4 son de escritores de América Latina: el mexicano Juan de Dios Peza, los salvadoreños Francisco Gavidia y Arturo Ambrogi y el guatemalteco José Milla. Curiosamente, descartó a Rubén Darío. Masferrer, Alberto, *Páginas escogidas* (Buenos Aires, Ediciones Jackson, 1947), pp. 41-43.

26. Beverly, John y Zimmerman, Marc, *Literature and politics in the Central American revolutions* (Austin, University of Texas Press, 1990), pp. 54-59.

27. Rama, Angel, *Rubén Darío y el modernismo* (Caracas, Alfadil, 1985), pp. 49-79.

28. Toruño, Juan Felipe, *Desarrollo literario de El Salvador* (San Salvador, Ministerio de Cultura, 1957), p. 151. Escamilla Saavedra, Julio, "Breve historia de la Biblioteca Nacional de El Salvador". *Anaqueles*. San Salvador, No. 1 (julio 1971-diciembre 1972), pp. 9-21.

29. Haltermeyer, Gratus, *Historia de Managua* (Managua, Talleres Nacionales, 1959), p. 115. Zepeda Henríquez, Eduardo, "Escorzo histórico de nuestra Biblioteca Nacional". *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*. Managua, vol. 21 (1969), pp. 5-6.

30. *Gaceta Oficial*, 15 de octubre de 1884, p. 319.

31. González, Paulino, *La Universidad de Santo Tomás* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1989). Obregón, Edgar A., *Miguel Obregón* (San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974), pp. 178-183. Zeledón, Marco Tulio, "Notas para la historia de la Biblioteca Nacional". *Hipocampo*. San José, No. 5 (1969), pp. 29-52.

32. *Correo de España*, 2 de abril de 1909, pp. 1-2. La construcción de un edificio para la Biblioteca Nacional de El Salvador se propuso en 1930. López Valleciillos, Italo, *El periodismo en El Salvador* (San Salvador, UCA Editores, 1987), pp. 255-256.

33. Molina, *El que quiera divertirse*, pp. 131-166. Varios de estos empresarios vendían también en los otros países del istmo.

34. *El Heraldo*, 11 de octubre de 1891, p. 1.

35. *Correo de España*, 2 de abril de 1909, p. 2. Los títulos citados no figuran en el inventario de 1888.

36. Molina, *El que quiera divertirse*, pp. 75-101.

37. Houston, R. A., *Literacy in early Modern Euro-*

pe. *Culture & education, 1500-1800* (New York, Longman, 1988), p. 156.

38. *Gaceta Oficial*, 4 de diciembre de 1889, p. 766.

39. *Las Noticias*, 25 de julio de 1904, p. 3. El promedio diario de lectores atendidos en la Biblioteca Nacional de Costa Rica se elevó de 200 a 500 entre 1910 y 1914. Gólcher, Erika, "El mundo de las imágenes: percepción del sector gobernante de Estados Unidos y Europa Occidental" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988), pp. 134-137.

40. *La Prensa Libre*, 16 de julio de 1903, p. 4.

41. Acuña, Víctor Hugo, ed., *Historia general de Centroamérica, t. IV. Las repúblicas agroexportadoras* (Madrid, FLACSO-Quinto Centenario, 1993), pp. 255-323.

42. López Vallecillos, *El periodismo*, p. 199.

43. Marranghello, Daniel, *El cine en Costa Rica 1903-1920* (San José, Jiménez y Tanzi, 1988).

Diciembre 1995

Iván Molina Jiménez
Instituto de Investigaciones Históricas
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Costa Rica